

El día de Cristo Jesús

Edward DENNETT

biblicom.org

La expresión «el día de Cristo Jesús» o «aquel día» solo se encuentra en la Epístola a los Filipenses. El que más se acerca es «el día de nuestro Señor Jesucristo», en [1 Corintios 1:8](#). El período al que se hace referencia es sin duda el mismo, el cambio en la forma de la expresión está relacionado con el carácter del Epístola o con el contexto en el que se encuentra. Así, en la Epístola a los Filipenses –el libro de la experiencia, como se le ha llamado con razón–, donde toda la vida cristiana se resume en las palabras: «Para mí el vivir es Cristo» ([Fil. 1:21](#)), la expresión es «el día de Cristo» ([Fil. 1:10](#)), mientras que, en los Corintios, donde se introduce la responsabilidad en el ejercicio del don, leemos «el día de nuestro Señor Jesucristo». Pero sean cuales sean las variantes, algunas de las cuales son muy instructivas, todas evocan el período introducido por la aparición de nuestro Señor.

Su venida es la esperanza de la Iglesia, como dice [1 Tesalonicenses 4](#). Pero invariablemente, cuando los santos son considerados responsables de su servicio o de sus sufrimientos, o incluso como extranjeros y peregrinos, la aparición de Cristo es siempre el objetivo; porque en la medida en que la tierra ha sido el lugar del servicio y de la prueba, también será el escenario de la retribución manifiesta (vean [2 Tes. 1:6-7](#); [1 Tim. 6:13-14](#); [2 Tim. 4:7-8](#); [1 Pe. 1:6-7](#), etc.). El apóstol dice: «Por esta causa también padezco estas cosas, pero no me avergüenzo, porque sé a quién he creído, y estoy convencido que es poderoso para guardar mi depósito hasta ese día» ([2 Tim. 1:12](#)). Como otro lo dijo maravillosamente: “Su felicidad, en la gloria de esta nueva vida, la había confiado a Jesús. Mientras tanto, trabajaba en la aflicción, seguro de recuperar, sin desilusión, lo que había confiado al Señor, el día en que lo viera y todas sus penas terminaran. Esperando ese día, le había confiado su felicidad y su gozo, para encontrarlas en ese día”.

Así, en la oración del apóstol por Onesíforo, se dirige a ese mismo momento bendito: En medio de la infidelidad general y de aquellos que se habían apartado del vaso de verdad elegido por Dios (v. 15), Onesíforo había refrescado a menudo el corazón cansado de este siervo devoto, no se había avergonzado de su cadena (comp. v. 8), y en Roma lo había buscado con mucho cuidado y lo había encontrado. El apóstol deseaba que pudiera encontrar misericordia ante el Señor y obtener la recompensa de su servicio en la plena realización de «la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para la vida eterna» ([Judas 21](#)). De hecho, la misericordia de la que se habla aquí no es la que se concede a un pecador para el perdón de sus pecados, sino el resultado y la coronación de la misericordia, en la que el santo entrará con la venida del Señor y que se manifestará en su aparición. El uso de esta palabra también puede referirse a la conducta de Onesíforo. En la ternura de su corazón, fruto del Espíritu de Dios,

había mostrado misericordia por el apóstol, por así decirlo. Había tenido consolado al apóstol «y no se avergonzó de su cadena» (2 Tim. 1:16), y el apóstol ora para que esto sea reconocido públicamente «en aquel día».